

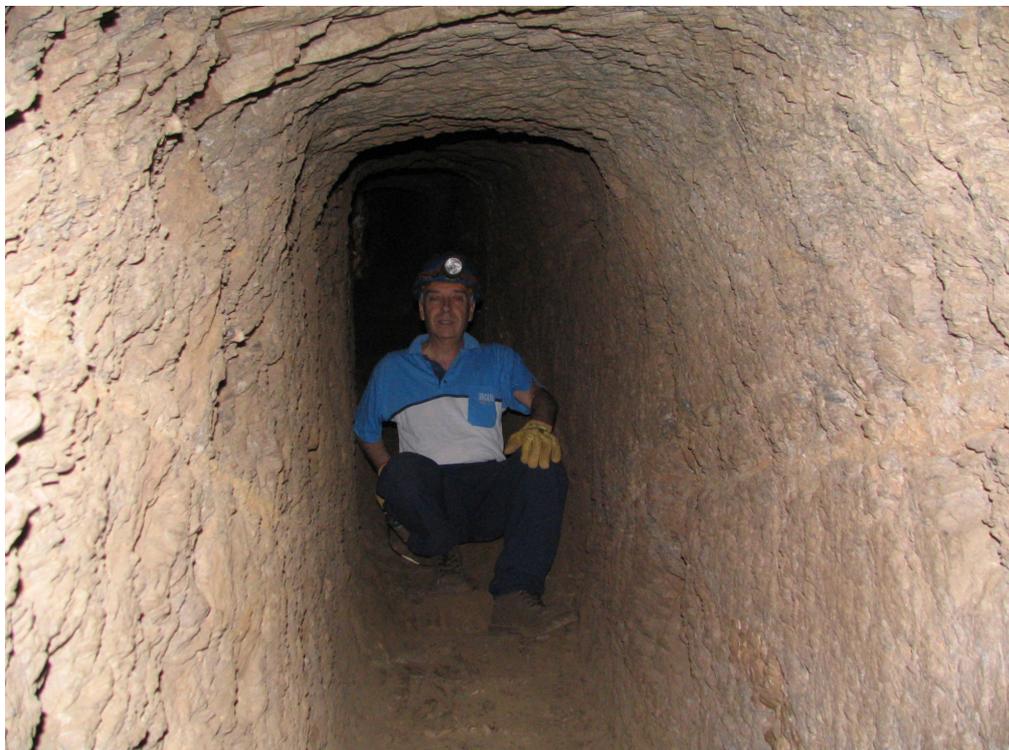
EXCURSIÓN A LA MINA MANOLITA CARTAGENA

Esta es una excursión programada con anterioridad. Se trata de de una excursión a interior, es decir, bajar a la mina y se trata de la Mina Manolita, situada en un camino de tierra junto a la carretera de Los Belones a Campo de Golf, término municipal de Cartagena.

El lugar de encuentro de los asistentes es en la venta El Descargador, en La Unión como punto de encuentro. Esta venta tiene “un algo especial para los buscadores de minerales”, no en balde fue el lugar donde los mineros se reunían antes y después de sus tareas diarias para tomarse el reparo o la láguena, o las dos cosas si se terciaba. Una vez que estamos todos se toma café para, acto seguido, encaminarnos a la mina. La mañana es esplendida, ya a primeras horas de la mañana hacía calor. En total nueve personas integran la expedición, nos las prometemos felices. Entre los excursionistas hay uno que es la primera vez que baja a una mina y eso conlleva el lógico nerviosismo aunque es animado por el resto de expedicionarios.

Una vez en el lugar y, entre bromas, ánimos al “novato” en su bautizo minero de interior, pertrechados con la ropa de faena, casco con luz frontal, luz de repuesto, botas de montaña, mochila y las consabidas viandas que normalmente constan de agua u otro líquido (no puede faltar), bocadillo, frutas y siempre algo de dulce, en esta ocasión el dulce consistía en un pastel de esos de varias raciones triangulares.

Se analiza el plan de trabajo, de forma que, tres quedan fuera, junto a uno de los pozos por donde se bajarán con cuerda las mochilas y después se subirá el material, y el resto baja a picar, seleccionar, preparar las piezas, liarlas para subirlas por el pozo antes mencionado que, por cierto, estos tres compañeros se las ingenieron y se construyeron un “malacate”, rudimentario, como se aprecia en la fotografía, con un tubo colocado sobre el brocal del pozo.



Una vez preparado todo, se comienza el descenso, una pequeña y angosta galería de bajada, con una inclinación sobre los 45°, el suelo muy resbaladizo debido a la humedad que hay aunque eso

no supone ningún problema porque, la galería, a parte de tener que bajar encorvados para no tropezar con el techo, es tan estrecha que los brazos van rozando las paredes verticales.

De vez en cuando, los excursionistas miran de reojo al “novato”; su semblante recordaba el relato del periodista Ruy Wamba cuando, por el 1900, narra su experiencia de la bajada a una mina; su cara era un poema, no se podía describir si de satisfacción, nerviosismo o incluso ambas cosas a la vez, de ésta última posibilidad es de la que estoy convencido que se trata, nerviosismo por el descubrimiento de algo desconocido para él, con el sofoco de la adrenalina que él mismo se nota como le fluye, con la satisfacción de lo que esta viviendo y de lo feliz que se presenta la excursión, comprensible, todos pasamos por esas.

Después de la bajada tortuosa por la galería, aún quedan tramos de pasar encorvados, saltos de nivel, entradas por agujeros estrechos hasta llegar al lugar convenido, justo bajo el pozo donde tres compañeros habían quedado en superficie. Después de varias voces, se percatan de que ya estamos en el lugar, arrían la cuerda con las mochilas, las herramientas, las cajas y todo el material necesario para emprender la faena.



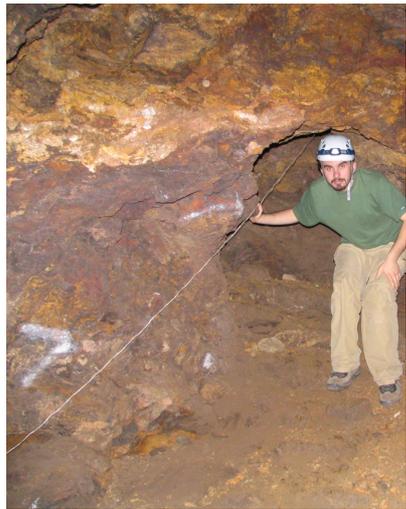
Se sigue bajando, más rampas, más saltos, zonas donde se observa el trabajo realizado por esos ilustres mineros que, con jornal mísero, sabían hacer perfectamente su trabajo, pedrizas de piedras ensambladas unas con otras, sin morteros de cemento, ni de cal, solo las piedras apiladas formando un entramado que ni los más avezados arquitectos de hoy harían mejor, hasta el lugar idóneo donde se sabe que se pueden picar buenas piezas, se trata de una “sala” enorme de unos seis metros de altura desde donde se aprecian hasta tres galerías superiores y allí se comienza el trabajo.

El lugar elegido es la parte baja de una pared, una covacha, se abre un agujero donde solo cabe una persona tendida, en el suelo, sin apenas movimiento de los brazos, que para entrar hay que meter primero los brazos con el martillo y cincel porque de otra forma no se podría entrar y, una vez dentro no se puede ni cambiar de posición, por eso, antes de entrar, se mira el agujero para ver la posición de entrada y así te quedas. Al poco, ya hay preparadas muchas piezas de Calcita. Mientras dos pican, el resto de la expedición se dedica a, con mucho esmero, seleccionar, envolver y llenar

cajas, subirlas hasta la zona donde está el pozo para que los compañeros de superficie, a través del pozo y a brazo, comiencen a subirlas y así se realiza.

Se hace un alto porque es la hora de reponer fuerzas. Primero se saca el pastel, grande, redondo, partido en triángulos, cosa dulce, en esos momentos súper apetitosa y, en un santiamén se engulle, no queda nada, ni migas. Más avanzada la mañana se vuelve a hacer otro alto y esta vez toca el turno de los bocadillos, el trabajo abre el apetito.

Se sigue con el trabajo de equipo hasta agotar el “filón”. Todas las piezas que se han picado están en la superficie.



Decidimos entonces cambiar de sitio, esta vez el trabajo se desarrolla sobre pared vertical. Si penoso es picar en el agujero anterior, esta vez no lo es menos, mientras uno pica subido a un pequeño montículo de piedras apiladas para llegar al sitio, otro lo sujeta por la espalda, esa es una de la parte bonita, que todos dependen de todos y cada uno hace su trabajo al milímetro, todo coordinado perfectamente, si el que pica no está seguro de quien lo sujeta pueden sufrir, ambos, algún percance serio en forma de caídas, de material desprendido de techos de del mismo que se está picando. El trabajo de picar y sujetar al que pica es alterno, hay que descansar de la posición tan incómoda que hay que adoptar, con los brazos extendidos hacia arriba, las herramientas que pesan lo suyo, picar y al mismo tiempo intentar sujetar la pieza piada para evitar que caiga al suelo y se estropee.

Mientras tanto, sigue el equipo funcionando convenientemente, selección de piezas, envolverlas (con papel de periódicos), introducirlas en cajas, acarrearlas hasta el bajo del pozo y los de exterior subirlas.

Hay que decir que, cada pieza que se pica implica la expresión del “picador” llamando la atención de los demás: ¡¡¡mira esta!!!, ¡¡¡es preciosa, de museo!!!, y dichas exclamaciones aderezadas con bromas, chistes, hasta hay uno que se arranca a cantar y los demás lo jalean, bueno, al principio, porque después de un rato de gorgoritos y de repetición del Soy Minero y que su abuelo era picador allá en la mina... lo increpan entre bromas... “anda, cállate ya, ¿es que solo sabes esas?”, “podrías aprenderte otras, puedes irte a la operación triunfo...”.

Cuando son aproximadamente las tres de la tarde, exhaustos, con sudor hasta en los dientes, con las caras y brazos negros por el manganeso,

se decide tomar un descanso, ya el definitivo, se termina de arrimar al pozo el material que queda y las mochilas y herramientas.

Ahora se encara la subida, hay que volver a subir rampas, salvar los cambios de nivel, hasta llegar a esa galería angosta, de 45° de inclinación, esta vez ascendente, encorvados. El novato es el primero en la fila, tiene ansias de salir para contarle a los del exterior las excelencias de su experiencia.

Durante el trayecto de subida, inevitablemente, los recuerdos son para los mineros, pero para los mineros de verdad, los que diariamente tenían que hacer esos trabajos de sol a sol (es un decir, porque ellos no lo veían), después de ir desde Cartagena, algunos incluso andando, para ganarse un jornal mísero que para más desgracia en vez de metálico era en vales canjeables por comida en algún economato del mismo dueño de la mina y, cuando él o alguien de la familia se ponía enfermo, para comprar las medicinas tenía que vender esos vales, para eso estaban los usureros, que compraban los vales por valor muy inferior al real por lo cual la desdicha se acrecentaba y para remate raro era el minero que no tenía alguna enfermedad pulmonar como la silicosis.



Ya se ve, a lo lejos, la luz que entra por la boca mina, ánimo que ya queda poco, hay que subir sin prisas, con tranquilidad, hay que evitar los resbalones hasta que por fin, ya estamos fuera, un descanso en la puerta de entrada.

Ya fuera, el novato, eufórico, comenzó a contar con todo lujo de detalles su vivencia. Los compañeros del exterior habían puesto todas las piezas conseguidas sobre hojas de periódico abiertas, ¿Cuántas piezas se

han sacado?, -preguntaba "el piratas"- y uno que se había entretenido en contarlas mientras las extendía contestó ¡¡¡ 462 piezas!!!

Llega el momento del reparto, se puede hacer de diferentes formas, con números, por edades, etc., aquí se ha hecho aleatoriamente, de forma que sin tener en cuenta nada, se realizaron varias rondas de elegir piezas, eso sí, uno detrás de otro elegía, no todos a la vez.



Terminado el proceso de reparto, nos lavamos un poco, nos cambiamos de ropa y emprendemos el viaje de regreso hasta la venta El descargador donde reponemos fuerzas a base de jamón serrano, queso, calamares, embutidos variados, etc., y todo ello regado con cerveza fría.

Ha sido una excursión maravillosa entre amigos entrañables, se han conseguido buenas piezas para enriquecer las colecciones que cada uno tenemos.

